

EL GIGANTE RUBIO

A movie poster featuring a large man in a black leather jacket and dark pants, seen from behind. He stands on a road with a yellow double line. To his left is a large black and white speckled dog with its tongue out. In the background, a motorcycle is visible. At the bottom, three children are looking up at the man's legs: a boy on the left, a girl in the middle, and a girl on the right. The title 'EL GIGANTE RUBIO' is written in large white letters across the top.

Bela Marbel

«Es curioso que no pueda evitar mirar por la ventana cada vez que llega, en realidad no es mi tipo. Es demasiado... grande. No más brutos en mi vida, lo tengo claro, quiero un hombre sensible y tierno, que acepte a mis hijos como si fueran suyos, alguien que me deje ser quien soy. Aunque... para un ratito...».

«Ya está la vecinita mirando por la ventana, pensará que no me doy cuenta, creerá que soy idiota. Eso nos pasa a los que no tenemos el tamaño de la media. Todas las mujeres me miran como si una de mis cabezas tuviera que ser grande y la otra pequeña... Pues no, señoras, las dos son grandes».

Él es un hombre rudo que se mueve en un pequeño círculo, acaba de sufrir un desamor por una chica con un niño, lo último que necesita es una con tres, pero la forma en que lo mira...

Ella quiere sexo, lo tiene claro, y él podría proporcionárselo, pues es el tipo de hombre «una aventura y nada más», después ya buscará al hombre definitivo.

Pero a la vida le gusta jugar según sus reglas y se parte de risa moviéndonos como títeres por caminos inventados. Solo puedes luchar contra ella o seguir su juego.

Una nueva y divertida historia de Bela Marbel que no podrás dejar de leer hasta el final.

A mi propio gigante, Cheny Ace.

*A mi madre y me vais a permitir que le dirija unas palabras:
mami te lo dedico porque te quiero, eres una de esas
mujeres que ya no se hacen, potente, decidida y luchadora,
el pegamento que nos une. No hay mayor orgullo que
cuando me dicen que soy fuerte como tú. Te quiero toda,
pequeña.*

Capítulo 1

Mala espía, buena mirona

«¿Cómo puede estar tan bueno? ¿Y a mí qué me pasa? No debería perder el tiempo pensando en eso ¡por el amor de Dios! Soy una madre trabajadora y responsable, me mato haciendo horas para dar a mis hijos todo lo que necesitan, no tengo tiempo ni de mirarme al espejo, mucho menos puedo perderlo tonteando con el vecino».

«Oh, oh, oh... no hagas eso, por favor no lo hagas...»

Pero lo hizo, claro que lo hizo, como todos los días, cada vez que llegaba de donde quiera que estuviera durante la jornada, aparcaba su reluciente moto; Bea nunca había visto una moto tan limpia, y tras quitarse el casco, movía la cabeza de un lado a otro dejando la melena ondulada y rubia al viento.

«No puedo, es demasiado pedirme que tras cuatro años de celibato me mantenga impassible ante este... espectáculo de testosterona en movimiento».

En cuanto Chack bajó de la moto sintió el cosquilleo en la nuca que significaba que lo estaban observando. Ahí estaba otra vez la mirona, no podía distinguirla bien, sabía que se había mudado al edificio de apartamentos hacía unos meses y que tenía tres o cuatro niños muy ruidosos. Vivían puerta con puerta pero, al parecer, ambos pasaban fuera mucho tiempo. Sabía que no había un marido por-

que la señora Lebowsky, la anciana que vivía en la planta baja, se lo había dicho.

Chack no era demasiado sociable, pero estaba bien educado, todas las semanas le hacía la compra a la anciana y se la llevaba a su apartamento, le ayudaba a colocarla y casi siempre terminaba pagándola de su propio bolsillo; a cambio tenía la despensa llena de sus galletas favoritas: crema de cacahuete con pepitas de chocolate.

Según la señora Lebowsky, la mujer se llamaba Beatrix, era mexicana y tenía curvas prominentes que no le importaba lucir, esto último lo había constatado con sus propios ojos. La anciana le contó que trabajaba todo el día en una cafetería de una de las zonas de moda en la ciudad. A veces ella se quedaba con los chicos, ayudada por la hija *grunge* de los vecinos. Chack dudaba que la señora Lebowsky supiera qué significaba ser *grunge*, pero lo decía como si formara parte de su vocabulario desde su más tierna infancia.

Por fin se decidió a levantarse de la moto, le dolían hasta las pestañas, el martillo que se le había instalado en la cabeza no dejaba de golpear sin compasión, de lo único que tenía ganas era de tomar dos ibuprofenos y meterse en la cama durante cuarenta y ocho horas. Sí, así de divertido iba a ser su fin de semana.

Levantó la cabeza y, como no estaba de buen humor, en vez de disimular que sabía que lo estaban espionando, la miró directamente, levantó la ceja y compuso su mejor gesto de desagrado, y tenía unos cuantos.

Oh, no podía ser ¡la había pillado! Con tres hijos estaba más que acostumbrada a pasar vergüenza pero, generalmente, no era por su culpa. Cogió lo primero que encontró, una camiseta de Nicky, y se puso a limpiar los cristales; muy bien, se felicitó. Estaba segura de que él no se había dado cuenta, bueno, casi segura. El problema lo tendría con Nicky, ya que había cogido su camiseta favorita y dudaba que la grasa que se había pegado saliera.

Nicky era el mayor de sus tres hijos, tenía nueve años, pero parecía un viejo. Era absolutamente responsable y tenía la costumbre de decirle a todo el mundo lo que debía hacer, también a ella. Completaba sus tareas escolares y ayudaba con sus hermanos y en las tareas de la casa, estaba secretamente enamorado de su niñera de dieciséis años. Fue gracias a él, ya que su madre había fracasado estrepitosamente, que el pequeño Justin había conseguido dejar atrás el pañal, aún se le escapaba algún pis de vez en cuando, pero ya no mojaba la cama.

El pequeño era tan rubio como su padre, de ojos oscuros y mirada intensa. A sus tres años apenas hablaba, pero era capaz de poner en marcha cualquier aparato electrónico: televisiones, teléfonos móviles, tabletas. Su hermano mayor solía decir que no hablaba porque no le parecía interesante.

Y luego estaba Rubi. A sus seis años no era la típica hija mediana. A Rubi no le gustaba pasar desapercibida, tenía la costumbre de preguntar absolutamente todo lo que se le ocurría, y se le ocurrían muchas cosas, y aunque tenía apariencia de ángel, era mejor no meterse con ella, su transformación de querubín a demonio del infierno se producía en dos segundos exactos. Siempre iba acompañada de su muñeco de peluche, una vieja y andrajosa oveja a la que habían remendado por todas partes. Tenía el pelo rubio, pero los ojos eran del color del caramelo; dejaban ver todas sus emociones. Su piel era blanca como el marfil, a excepción de la nariz que lucía llena de pecas. Tenía seis años y tanto carácter que no le cabía en el pequeño cuerpo.

El sonido del timbre de entrada la sacó de sus ensoñaciones. ¿Quién podría ser a esas horas? Sus hijos estaban con la señora Lebowsky y Spock, la niñera, en casa de la anciana, ya que ella tenía que volver al trabajo en media hora y no regresaría hasta bien entrada la noche porque

en los barrios de moda las cafeterías cerraban muy tarde. Tal vez, la señora Lebowsky necesitara alguna cosa.

–Ya voy –informó a la persona detrás de la puerta.

Por poco se le para el corazón ante la visión que tenía del hombre que últimamente llenaba todos sus sueños eróticos.

Tan... grande, tan rubio, tan lleno de hormonas que la llamaban a gritos. Tuvo que respirar hondo varias veces para recuperar el control, se dio cuenta de que la mirada de él se desviaba hacia su pecho.

La mujer que le abrió la puerta distaba mucho de su ideal de mujer. A él le gustaban las chicas con cara de buena, dulces, pero con carácter, capaces, pero con un punto de vulnerabilidad, por eso cuando conoció a Candy, le pareció que era la persona con la que podría pasar el resto de su vida. No fue así, ni siquiera llegó a cuajar un flirteo entre ellos.

La hembra que tenía ante sí no era una chica, era toda una mujer, dulce cero, vulnerable menos cien, sexy como el demonio. Aun estando al borde de la muerte, o por lo menos así se sentía, se le puso dura.

«No, amigo», le dijo al yo que tenía entre las piernas. «Esto no es para nosotros, no necesitamos este tipo de problemas. Queremos una vida tranquila y apacible con alguien que no sea complicada. Esta diosa erótica no cumple ninguno de los requisitos de nuestra lista, así es que ya estás quitando la postura de firmes». Naturalmente, su compañero de viaje no le hizo el menor caso.

Y en ese momento ella lo hizo aún más difícil, ya que, en una evidente estudiada maniobra, elevó los pechos en varias respiraciones, para que a él no le pasara desapercibida la maravilla que escondía la pequeña camiseta que trataba, infructuosamente, de cubrirlos.

–Vecina –le dijo.

–Vecino –contestó ella melosa.

–No me interesa. Gracias, pero no –soltó él así, sin avisar.

Beatrix abrió mucho los ojos, no tenía ni idea de qué estaba hablando el rubio gigante, pero era evidente que tenía fiebre, estaba rojo y sudoroso y respiraba con dificultad, los ojos casi cerrados e inyectados en sangre. La voz rasposa y grave sonaba nasal.

–No sé bien a qué te refieres, pero me atrevo a sugerir que en la cama estarás mejor.

–Ya le he dicho que no me interesa, señora.

La forma en que lo dijo la ofendió. Vale, era muy educado, un típico hombre del sur, pero ella no pensaba que tuviera edad para que le hablaran como si fuera su madre.

Lo perdonaría porque estaba a punto de desmayarse, eso era evidente. A pesar de que no aceptara su consejo.

–Como quieras, pero te advierto que tengo tres hijos y sé muy bien cómo actuar en estos casos.

«Por el amor de Dios», pensó Chack, «esta mujer no tiene contención, por supuesto que sabe hacer hijos, eso es evidente. Claro que, con ese cuerpo y esa boca, da igual cuánto sepa. Quitáte esas ideas de la cabeza, capullo».

–No lo dudo, señora, pero...

–Quieres dejar de tratarme así, me estás haciendo sentirme un fósil prehistórico o algo...

–Mire, no tengo mi mejor día. Solo he venido a decirle que no voy a acostarme con usted, así es que será mejor que deje de espiarme. Me marcho, tan solo... yo... solo... quería dejar clara mi postura.

La vio llevarse una mano fina y suave, con las uñas cortas pintadas de rojo, a los pechos, esos pechos repletos y turgentes, no podía dejar de mirarlos. Notó que se le secaba la boca, la gripe le estaba afectando a la garganta, no había duda.

–Mira, pedazo de bruto, cromañón de los *cojones*, lo que indica tu postura es que te mueres de ganas de me-

terme mano y lo que no es mano, pero no te preocupes. Por mucho que me pongas, lo último que necesito es un tipo duro e insensible en mi vida. Y, por si te interesa, de lo que yo estaba hablando es de que estás muy enfermo, es evidente que la fiebre está afectando a tus neuronas de macho alfa, así es que métete en la cama; solo, y duerme hasta que se te pase. Adiós.

El portazo debió retumbar en todo el edificio, o así le pareció a él, por poco se le cae la cabeza y el dolor punzante en esos momento era agudo e insoportable. Tres pasos, tenía que dar tres pasos hasta llegar a su casa, abrir la puerta y dejarse caer en la cama, o donde fuera, necesitaba estar en posición horizontal; solo, tal y como la vecina le había dicho. *Cojones*, tendría que preguntarle a Eduardo, su chapista, qué significaba eso. Un paso, dos...

—¿Te estás muriendo? —Una vocecilla llegó hasta él.

—No estoy seguro. —Giró un poco la cabeza para ver de quién era esa voz.

Una chiquilla de unos seis años le miraba desde su metro de estatura agarrada a un muñeco raído con forma de oveja. Unos enormes ojos de color miel se escondían detrás de unas gafas rosas y le miraban con miles de preguntas en ellos. Al instante, se arrepintió de haber movido la cabeza, creyó que le explotaría.

—¿Duele? —preguntó la niña.

—¿El qué?

—Morirse.

—No me estoy muriendo, solo tengo gripe.

—¿Estás seguro? —Ladeó la cabeza expeditiva. La duda reflejada en cada uno de sus diminutos rasgos.

—Bastante. Solo tengo que llegar hasta mi casa y echarme, después de dormir varios días estaré mejor.

—¿Quieres que te ayude?

—No deberías hablar con extraños.

—No eres un extraño, eres el que cuida de la señora Lebowsky. Los demás le damos trabajo, pero tú la cuidas.

Ella siempre dice eso. Además, compras mis cereales favoritos siempre. ¿Sabes que también me gustan las chocolatinas?

—Ahora sí.

La niña le enseñó una sonrisa a la que le faltaban dos dientes.

Y eso sí fue amor a primera vista, hacía mucho que él tenía ganas de ser padre, su experiencia cuidando de Angel había sido muy corta, pero le había llenado por completo. Descubrió con el bebé qué era lo que le faltaba a su vida: un hijo, alguien a quien cuidar y que lo quisiera incondicionalmente. Su alma se resquebrajó un poquito, ya casi no veía al pequeño, Candy y Byron lo visitaban de vez en cuando, pero no era como tenerlo en el taller casi a diario.

La niña se acercó y le cogió la mano para ayudarlo a llegar a su puerta, apenas habían avanzado un paso cuando otra voz infantil los detuvo.

—¡Aléjate de mi hermana! ¡Si le haces algo te perseguiré hasta el infierno para acabar contigo! —le amenazó la vocecilla a la vez que corría hacia ellos.

¡Por el amor de Dios! Él solo quería descansar. Soltó la mano de la pequeña automáticamente.

—Gracias por ayudarme, ve con tu hermano antes de que le dé un ataque o me pegue, todo es posible.

—No me va a dar ningún ataque y no puedo pegarte porque eres muy grande, pero puedo gritar muy fuerte.

—Sí, ya lo he comprobado y, créeme, eso es lo peor que puedes hacerme en este momento.

—No podemos dejarlo solo. Se va a morir, y está feo dejar que la gente se muera sola —protestó la pequeña.

—No me voy a... —intentó aclarar él mientras trataba de meter la llave en la cerradura, cosa que se le antojó muy difícil dado que estaba empezando a ver doble. Todo a su alrededor comenzó a ponerse oscuro y un vacío lo envolvió.

–¡Mamá! –Fue lo último que oyó antes de desplomarse.

Capítulo 2

Mala vecina, buena enfermera

Bea escuchó un golpe fuerte y seco, salió corriendo al pasillo pensando, como toda madre, en que sus hijos podrían estar en peligro. Al abrir la puerta vio al gigante rubio tirado en el suelo y a sus hijos gritándole a la cara y moviéndolo enérgicamente.

–Te dije que no *chilladas*, lo has matado –se quejó la pequeña.

–¡No lo he matado, tonta! Solo está... dormido. ¡Despierta!

–¡Mamá, Nicky lo ha matado! Vas a tener que respirarle en la boca, lo vi en la tele el otro día.

–Rubi, cariño, eso no será necesario, dejadme sitito. – Bea se arrodilló al lado de su vecino justo a tiempo de ver cómo comenzaba a abrir los ojos.

El hombre vagó con la mirada por cada uno de ellos.

–Parece que al final sí me he muerto, pero no estoy seguro de si estoy en el cielo o en el infierno.

–Te has dado un buen golpe, vaquero –le dijo ella mientras le palpaba la cabeza.

Chack solo tenía una, mejor dicho, dos cosas a la altura de sus ojos: los pechos de su vecina. Y las ganas de tocarlos lo estaban volviendo loco, pero ninguna parte de su cuerpo le hacía caso. Intentó mover las manos, nada; los

pies, ni lo más mínimo; la cabeza sí, la cabeza se movía ligeramente. Vio los enormes ojos de los niños fijos en él.

–Tengo dos ángeles y un demonio.

–¡Me pido ángel! –jalearon los dos críos a la vez.

–Bien, pues como me toca demonio, voy a hacerte sufrir.

–Ya lo estás haciendo, y como no apartes tus... tu equipamiento de mi cara es posible que, finalmente, me dé un infarto.

–Pues que sepas que, para haber dado de mamar a tres niños, no están tan mal.

–¡Qué asco, mamá! –se quejó el mayor enfatizando cada palabra.

–No decías eso cuando eras un bebé y tenías hambre, Nicky. Id a buscar a Paco, voy a necesitar ayuda para levantarlo.

–Paco me odia –se quejó el rubio al pensar en el portero.

–Yo también y aquí estoy ¿no?

Los niños bajaron corriendo a buscar al huraño hombre, que tenía atemorizados a todos los vecinos y el edificio tan flamante como ningún otro de la vecindad.

–Tú no me odias –la contradijo Chack–: me deseas.

–¿De verdad te parece que estás en las mejores condiciones para coquetear en este momento? Además, hace un rato me has dejado bien claro lo que opinas de eso.

–Puede que haya cambiado de opinión –añadió él. De nuevo intentó mover las manos y esa vez lo consiguió. Las colocó sobre lo que más cerca le quedaba, el escote de ella.

–O puede que el golpe te haya dejado más idiota de lo que eres –le apartó las manos de un manotazo.

–¡Ay! Eso no era necesario.

–Ya, pues piénsalo bien la próxima vez que quieras algo para lo que no tienes permiso.

–Lo siento, yo no soy así, de verdad, debe de ser el golpe. O el dolor de cabeza me está matando.

–Tranquilo, siempre puedo darte otro topetazo para que vuelvas a tu ser.

–Muy graciosa. –Trató de sonreír mientras lo decía.

–Perdón, creo que no me he explicado bien. ¿Pensabas que estaba bromeando?

La expresión de sus ojos negros lo asustó; sí, definitivamente esa mujer era el demonio. Y él estaba en el infierno. Tenía tanto dolor que sentía ganas de vomitar, la cabeza estaba a punto de explotarle y el pecho le iba a arder de un momento a otro, hasta su otro yo se encontraba retraído bien escondido en sus calzoncillos, y eso que la preciosidad del infierno se alzaba sobre él dejando expuestos todos sus atributos.

Sintió que todo se oscurecía de nuevo y caía en un agujero silencioso y solitario mientras una voz lo llamaba intentando que se mantuviera despierto.

* * *

Poco a poco la niebla que lo envolvía comenzó a disiparse, escuchaba voces lejanas que le parecieron conocidas. Abrió primero un ojo y se dio cuenta de que todo a su alrededor estaba en penumbra. Con esfuerzo, abrió el otro, enfocó la mirada en un punto que le molestaba especialmente; sus piernas, no podía moverlas. ¿Qué le estaba pasando? Por fin pudo distinguir el motivo de su inmovilidad. Big Rock estaba cómodamente acostado sobre él.

El enorme perro blanco con manchas negras que vivía con él estaba usándolo como almohada. Se movió intentando cambiar de postura, Big Rock lo miró indiferente. Parecía que no le perdonaba que hubiese llegado tarde a ponerle la comida. Haciendo un gran esfuerzo, Chack consiguió sentarse en la cama y apoyar los pies en el suelo, todo le dio vueltas, pero al menos la cabeza no le dolía

tanto. Se dio cuenta de que estaba empapado en sudor, si consiguiera ponerse en pie y llegar hasta el baño...

La puerta se abrió y entró su amigo Leo. Era enfermero, trabajaba en el hospital Memorial de Houston. Básicamente era una buena persona con mucho cariño para todo el mundo, pero con mala suerte en el amor. La persona de la que estaba enamorado era lo peor que podría haberle pasado.

–Vuelve a la cama, estás enfermo –le ordenó.

–Eso ya lo sé, lumbreras. Me duele todo el cuerpo y cada vez que respiro se me clavan cientos de agujas en el pecho.

–¿Cómo va la cabeza?

–Mejor. Tengo que ponerle la comida a Big Rock.

–Ya se la puse yo, y una de tus vecinas lo sacó a pasear.

–¿Una de mis vecinas? –repitió intrigado.

–Sí, la buenorra no, la adolescente. Por cierto, a la buenorra no le caes muy bien.

–Lo sé –contestó mientras volvía a meterse en la cama.

–¿Qué le has hecho? No es que seas muy sociable pero, por lo general, caes bien a las mujeres.

–Solo le dije que no quería acostarme con ella.

–¿Perdona? –le preguntó acercándose con el termómetro como arma.

–Me espía.

–¿Tu vecina? –Tras colocarlo en su oído esperó a que pitase.

–La buenorra, no la adolescente.

–Sigues teniendo fiebre.

–No son alucinaciones por la fiebre, lo sé, me espía.

–Lo decía de forma literal. Tienes mucha temperatura, ya hace cuatro horas que te di el paracetamol, toma esto.

–¿Qué es?

–Ibuprofeno –le dio las píldoras y un vaso con agua.

Chack intentó recordar qué había pasado mientras tragaba el medicamento.